



5.4 ENCUENTROS Y DESENCUENTROS LOS DOCENTES Y LA TELEVISIÓN

RAÚL PIAMONTE PEÑA

Licenciado en Filosofía y Letras, Universidad de los Andes.

Investigador y asociado al grupo ALFAVISUAL para la lectura de medios.

Lo primero que me viene a la mente es por mi formación o deformación profesional como filósofo tiendo a efectuar ejercicios de hermenéutica ¿por qué hablar de uso? el verbo usar tiene una carga semántica que creo le ha hecho más mal que bien a la relación entre el profesor y los medios de comunicación masiva .

Uso la máquina para afeitarme, uso el taxi para transportarme y uso el teléfono para llamar, pero el uso de un computador o de una videograbadora se sitúa más allá de lo instrumental, el uso es propositivo y connota una intencionalidad ¿Por qué, me pregunto, no explico con la palabra, o como me lo enseñaron los franciscanos con una pepa de aguacate, el prodigio de la germinación y recorro a un vídeo de la National Geographic o con ese maravilloso documental “especies” dirigido por ese mago visual Lord Attenborough?

Los docentes que he entrevistado, con los que he trabajado en los distintos talleres de formación, a los telemaestros que formaron parte de la Televisión Educativa en los años 70, y que me contaban su experiencia primitiva, siempre llegaban a la palabra uso; “yo en mis clases uso el vídeo” , “he estado usando la cámara para que los niños hagan de esto o aquello” ... y uso, en todas las conjugaciones posibles.

Tampoco se trata de cambiarla por “empleo” o el odioso “implementamos” que usan algunos entusiastas tecnófilos. Mi querrela está en que el uso de los medios ha lastrado el acto creativo y las consecuencias pedagógicas que tiene un medio audiovisual en el medio educativo, es como si a un discípulo de Pestalozzi o a una maestra formada por Montessori le preguntamos por el uso pedagógico del franelógrafo o por la incidencia que tiene en la prelectura el empleo de los cubos lógicos de Hobbies. Tal vez nos mirarían o nos acogerían con una sonrisa entre bondadosa y socarrona.



La televisión, más allá del prodigio tecnológico, que me permite ver desde mi alcoba un desastre en Sudáfrica, un maravilloso gol en Corea o una tragedia en las goteras de Bogotá, es en sí un educador, en el sentido de la palabra. Educa en cuanto me provee de un conocimiento, me proporciona un conjunto de lenguajes que a su vez se nutren de los que elaboramos en el día a día y me permite derrumbar y construir sueños, fantasías e ideas que dan sustrato a mi concepción del mundo.

Decía que hemos lastrado la nave de los sueños que es el quehacer educativo con la palabra uso. El docente, así lo intuye y en ese sentido adopta tres de las posturas más comunes. Por una parte uso los medios como un pretexto, ahí viene el viejo chiste “yo uso en mis clases videos porno..” (por no dictar clase) que traducido significa que la televisión y su encendido en el aula es más accidental que incidental, la otra posición es la satanización... alimentados por el movimiento “un día sin televisión” que seguramente está en la misma línea ideológica de recolectar fondos para salvar ballenas varadas en el Ártico o protestar contra las corridas de toros, estos profesores no escatiman menosprecio por la televisión y por lo tanto la destierran del aula, de las conversaciones en el aula y todo lo que tenga impregnación de los medios les parece “pernicioso para las mentes, tan influenciables de nuestros alumnos” como rechazaba un boletín que me llegó recientemente del jardín infantil donde transcurre parte de su infancia mi nieto de dos años.

Y una tercera opción, y es la de los docentes que en verdad son profesores; que profesan por el acto de educar una vocación. Entonces asumen riesgo. Como los profesores que en los tres últimos años han empleado el seriado de dibujos animados Pokemon para potenciar habilidades comunicativas en sus alumnos, o la profesora que reelabora el guión de Pedro el Escamoso para construir con sus alumnas universitarias un discurso sobre la ética y los negocios, o los docentes que en una escuela rural elaboran videos, de corte etnográfico, con los alumnos que se interesan por las leyendas populares de su localidad, o toda una comunidad educativa que accidentalmente se fue apropiando de la programación en el canal comunitario de su pueblo.

Aún el mundo de la televisión en la educación, es ancho y ajeno. Aún la misma visión que se nos da en la pantalla del oficio del educador y el aula es más en el lenguaje del melodrama que en el de la reflexión sobre y desde la óptica de la comunidad educativa. Y la comunicación masiva aún seguimos pensando que se trata de dos círculos sin intersección alguna.

Espacios como este V congreso, la convocatoria a proyectos que formuló acertadamente el IDEP y la aparición de programas a nivel de especialización en



educación y comunicación me llevan a pensar que es posible para un mejor estar de nuestros colegas y nuestros alumnos una aula donde sea factible que coexistan los libros, los lápices, las palabras, las pantallas, los disquetes y las cámaras. Una escuela abierta a la expresividad desde la composición escrita o la edición de unas imágenes.

Pero ello implica que el Estado modifique su mirada, para que no siga pensando, a mi juicio erróneamente, que los medios son buenos *per se*, incluso sin un discurso pedagógico, o trasplantados a otros países. Que las normales y universidades donde están los semilleros de nuevos profesores comiencen o refuercen la formación en medios y nuevas tecnologías y que las comunidades educativas sean menos refractarias a los cambios curriculares que implica el trabajo desde y con computadores y televisores.

Pero el cambio más radical debe ocurrir entre los profesores. Lo digo desde mi experiencia personal, desde la orilla de los diferentes colegios e instituciones en los que he tomado contacto con los alumnos y colegas. Mientras pensemos que la televisión, el computador y otras tecnologías son un pretexto y no un texto diferente. Un texto en el que nos permitimos redefinir la pedagogía e incluso nuestra propia función y razón de ser educadores. Mientras nos cambiemos seguiremos tropezando con el uso y de tanto uso y uso podríamos caer en el abuso.